

[Full paper]

Horas de fiebre sobre fondo de río: utilidad/gasto inútil en la vida cotidiana de Buenos Aires (1880-1930)

CARLOS O. REPETTO
Universidad de Buenos Aires
R. Argentina
✉

Resumen: El objetivo en este entramado textual es analizar el choque de paradigmas culturales utilidad/gasto inútil en la vida cotidiana, sus novelas y romances atribulados del Buenos Aires epocal 1880-1930; período de construcción de país, después desecho por golpes y movimientos inacabados pero insistentes y pretenciosos, con compulsión a la repetición de liderazgos masificantes y confusos según deletrearía el psicoanálisis social. Para esta escritura y este análisis utilizaré cuatro «cronistas» prestigiosos, a saber: Roberto Arlt, Esteban Fassio, Ezequiel Martínez Estrada y Segundo Villafañe. Apelaré, además, a otros textos de la época, para «rastrear» concepciones de vida presentes en el Buenos Aires de entonces.

Ensayo una tipología del gasto inútil: por un lado, uno a la manera de Georges Bataille, social agonístico y solemne; por otro, el gasto suntuario de una clase atestada de prejuicios, goce culposos que condena a los demás a la miseria. Estos dos tipos de gasto inútil conforman dos racionalidades desencontradas frente a las cuales se alza el tótem weberiano de la racionalidad financiera, la obligatoriedad de trabajar, la vida monacal y su planilla de cálculos, la más estricta de las religiones.

Palabras clave: Bataille y su Eros – La parte maldita – Subjetividad – Compulsión a la repetición.

Hours of fever on the river bottom: Utility / waste of money in the daily life of Buenos Aires (1880-1930)

Summary: The aim of this textual intertwining is to analyze the clash of cultural paradigms value / non-productive expenditure in everyday life, in the troubled romances and novels of Buenos Aires between 1880-1930; period of the construction of country, then destroyed by coup-d'état and unfinished but insistent and pretentious movements, with compulsions to repetition of massifying and confusing leaderships, as social psychoanalysis would state. For this script and this analysis I will use four prestigious "chroniclers", namely: Roberto Arlt, Esteban Fassio, Ezequiel Martínez Estrada and Segundo Villafañe. I will appeal also to other texts of the moment, to "seek" for ideas on life present in Buenos Aires at the time.

I am testing a typology of non-productive expenditure: on the one hand, a typology of non-productive expenditure following Georges Bataille, social agonistic and solemn, on other hand, the sumptuous consumption of a class full of prejudices, guilty enjoyment that compels others to misery. These two types of non-productive expenditure conform two antagonist rationalities, in front of which the Weberian totem of financial rationality, of the compulsory work, of the monastic life and its spreadsheet arises, the most strict of the religions.

Key words: Bataille and Eros – The damned part – Subjectivity – Repetition compulsion.

El por qué de la elección de Georges Bataille y *La parte maldita de la sociedad*

Conocí a Georges Bataille a través de la lectura de sus textos *Madame Edwarda* (1939) y *El Muerto* (1967). Muestran un París finisecular y de entreguerras, con mujeres desnudas y frías, por *Les Halles* y *rue Saint Denis*, entrando y saliendo de posadas malditas. En su prólogo a *M. Edwarda* declara: «Mi angustia es al fin la soberanía absoluta: mi soberanía muerta está en la calle». Y en el interior del texto señala, como ritual de don:

Ese rito grosero de «la dama que sube» seguida por el hombre que le hará el amor, no fue en ese momento para mí sino una alucinante solemnidad... Madame Edwarda iba delante de mí... por las nubes (1939 (1990):46).

Un gesto/gasto inútil, pero de «alucinante solemnidad». El de la vida comiendo su sangre por esas calles de una ciudad luz, cuna y monumento de todas las utilidades. Sin embargo, o más bien a pesar de eso –o por eso– era bibliotecario y, para mantener su imagen útil y su honor, publicaba bajo el seudónimo Pierre Angélique que remitía a piedras y paraísos imposibles, la soberanía achicada. Frente a Bataille y Angélique, el *potlatch*, don de la ejercitación y la exhibición inaudita en su apogeo. La mujer rajando su sexo sin ganancia. «El goce de Edwarda –fuente de aguas vivas, manando en ella a punto de romper el corazón– se prolongaba de manera insólita» (1939). Un muerto diciendo últimas palabras no útiles de antiprócer: «Eduardo al morir le había suplicado (a María) que se desnudara», nos dice en *El muerto*. Y nos agrega las peripecias de María en su huída de Eduardo muerto y sus escenas de vejación envenenada en el burdel:

Poséela Pedro –dijo la posadera... María dejó caer la cabeza, molesta por aquellos preparativos. Los demás le estiraron, le abrieron las piernas... La escena, por su lentitud, evocaba la matanza de un cerdo, o el entierro de un dios (1967 (1990): 113) .

Es el escritor que, al estilo nietzchiano, nos habla de un «gasto social agonístico» al que el burgués se opone por dejar constancia de que no participa «en nada de la abyección de los hombres a quienes dan empleo». No hay don. «El fin de la actividad obrera es producir para vivir, pero el de la actividad patronal es producir para condenar a los productores obreros a una descomunal miseria» (Bataille 1933 (1987):38). Lo heterogéneo pervive, de cualquier manera, más allá de las homogeneidades que el moral burgués intenta machacar. (Hay un fantasma) *La parte maldita* (que) recorre Europa.

El objetivo de este entramado textual es analizar el choque de paradigmas culturales utilidad/gasto inútil (Bataille 1949) en la vida cotidiana de Buenos Aires en el período 1880-1930.

Para el análisis utilizaré cuatro «cronistas» prestigiosos, a saber: Roberto Arlt, Esteban Fassio, Ezequiel Martínez Estrada y Segundo Villafañe, a través de sus textos *Aguafuertes porteñas* (1933), *Saverio el cruel* (1936), *La fiesta del hierro* (1940), *Los siete locos* (1929) y *El amor brujo* (1932) en el caso del primero; concepciones provenientes de la llamada «patafísica» en el del segundo; el tercero a través de *La cabeza de Goliath* (1940). *Horas de fiebre* (1891) será el texto, novela de época, del cuarto (autor, Segundo Villafañe). Apelaré, además, a otros textos de la época, como artículos periodísticos y/o artísticos y pequeños retazos culturales para «rastrear» concepciones de vida presentes en el Buenos Aires de entonces.

He seleccionado dicho corpus textual por tres razones fundamentales. La primera es de índole personal, esto es, preferencias y gustos estilísticos, a los que en nada ofendería denominar como designios del deseo. La segunda es por una cuestión temática, pues la acción de estos textos se desarrolla dentro del período y el lugar que intento analizar. La tercera razón, y acaso sea la más pertinente, es que se trata de textos literarios (con el brillo de personajes que encarnan refulgentes u opacos héroes cotidianos) y considero que resultaría muy valioso el poder aislar ciertas cosmovisiones no sólo a través de textos filosóficos o de crítica cultural sino también a través de la literatura de (la) época, donde estas cosmovisiones pueden presentarse más llanamente, sin el esquematismo que suele imponer la exposición académica.

De esta manera, creo, pueden, ambos campos, ser complementarios. Esfuerzo querible pero inútil, como toda propuesta utilitaria. Bendecimos la inutilidad y la ingenuidad de esta promesa y solicitamos sea borrada de la memoria de la faz de la tierra.

Horas de fiebre sobre fondo de río

*Fue la hambre más estraña que se vio;
la ración que allí se dio
de farina y de bizcocho
fueron seis onzas u ocho
mal pesadas.
Las viandas más usadas
eran cardos y raíces
y a hallarlos no eran felices
todas veces.
El estiércol y las heces
que algunos no dijerían
muchos tristes los comían.
Que era espantoso;
Allegó la cosa a tanto
que, como en Jerusalén,
la carne de hombre también
la comieron.
Las cosas que allí se vieron
no se han visto en escritura.
Comer la propia asadura
de su hermano*

Romance elegíaco de Luis de Miranda,
religioso español integrante de la
expedición fundadora de don Pedro de Mendoza

Las brujas de la Europa perdida no aparecieron en la ciudad donde comieron a Solís (después de que ayunara y antes de que los indios comieran, según decía el historiador Borges). Sin embargo, Buenos Aires alardeó de ser la capital en América de alguna embrujada urbanitas europea. Se me hace cuento que nació Buenos Aires, me parece tan eterna como el agua... y el río. Crisis de los orígenes, una ciudad eterna y antinatural, sin Rómulo y Remos que la mamaran y la comieran como loba primigenia. Con cuadrículado de manzanas, conquistadores, indios de las pampas y esclavos de allende los mares africanos. Con edificios Cavanagh como el que aparecía en postales de Buenos Aires que recorrían mundo: «*Te envío esta postal de mi ciudad con su nuevo rasca-cielos*», dice un enamorado porteño a su enamorada del Sena en una tarjeta encontrada en los vestigios librescos de sus orillas parisinas. La estampilla postal con su marca de máquina-sello dice: «*Buenos Aires, Correo Central, 9 de agosto de 1922*» y la cosa-estampilla espía, admirada, ese amor de mujer y ciudad. Otra postal de Buenos Aires: septiembre de 1930. Un golpe

militar derroca al gobierno popular de Hipólito Yrigoyen. Pepe Arias estrena, en el Teatro Maipo, *Muerte rea*:

Muerte atorranta, muerte rea, vení abajo y llevame... Me despedí definitivamente de mi mujer y ahí nomás me preparé para ser referí. El fútbol me tiraba. Tengo un alma suicida de la madona... Visto mi fracaso en el referinato tomé la última resolución de mi vida. Me hice amaestrador de loros, gallináceos. Compré este ejemplar que ustedes ven aquí que me estaba saliendo una maravilla. Ya decía viva Yrigoyen y todo. Me lo alquilaban los radicales para la campaña electoral. En ese interín de tiempo vino la revolución, y yo, que vivía en la plaza del Congreso me olvidé de sacarlo del balcón. Empieza el tiroteo y el pobre Agapito, que así se llama este desgraciado, creyendo que se trataba de una reunión peludista, comenzó a gritar: Viva Yrigoyen, viva el Klan, viva el Peludo, viva el Viejo. Fin!! Cómo quedé yo y cómo quedó el loro después de esta emergencia, para que os voy a narrar mis distinguidos escuchas. Ahora, a este desgraciado que se quedó mudo lo único que se le ocurre decir de cuando en cuando es: ¡Bum!; ¡lalarara, lalarara... loroloro, loroloro; ¡Bum!; lalarara... lalarara. Muerte rea, Muerte atorranta, abajá abajo y llevame...¿No abajás?... entonces voy a buscarte.¹

Y Pepe Arias sale de escena o el telón se cae.

Un loro fallado a causa de los hombres y las balas deja de repetir el discurso humano. Al hombre que lo enjauló en la máquina-jaula sólo le queda ir a buscar la muerte rea y atorranta en un No-lugar que convoca «allá arriba». La maquinaria inútil del hombre lo lleva(ría) a buscar la muerte.

Fassio lo marca(ría) años después en sus *Nuevas Impresiones de Africa* releídas de Raymond Roussel (1910). Desestima las explicaciones newtonianas y cuánticas del universo y propone una explicación suplementaria, un «universo» suplementario, donde la «muerte rea» parece estar en su parte superior y a la que convoca el Pepe Arias porteño y su guionista Alberto Botta ante la coyuntura de un supuesto fenómeno de multitudes ciudadanas (Víctor Hugo y Baudelaire, en “La Obra de Arte en la época de la reproductibilidad técnica” de Walter Benjamin. 1933). Pero que remite, en verdad, al derrocamiento de un «peludo» presidente, por hombres uniformados de «la hora de la espada» de Leopoldo Lugones, que fueran denominados por Freud «masa artificial» con liderazgos mortíferos (1920 -21). El loro, «máquina animal» producida por el hombre, demuestra su insuficiencia humana y cree que la historia es continua e igual. Pero en ella hay cortes, hay golpes, que llevan al hombre a buscar la muerte en un universo suplementario.

¹ Monólogo sobre un texto de Antonio Botta, estrenado por Pepe Arias el 29 de octubre de 1932 en el teatro Maipo, Buenos Aires, Argentina.

Difícil caracterización la de la «utilidad» de una máquina, como parece decirnos Alfred Jarry, el patafísico [1873-1907] en sus *Gestas y opiniones del Doctor Faustroll* (1911), retomado por su discípulo Fassio. A las máquinas, para ser útiles al hombre, les faltaría atreverse en el orden de la singularidad. Su serialidad las ordena, las hace ser incorruptibles, inmunes a golpes de *ludditas*, pero las denuncia, como «cosa»/s insuficientes, algún momento espeluznante y único de la historia de la humanidad. Un golpe de Estado en una plaza de una ciudad que, antes de ser urbana, comía a sus conquistadores. Y que en 1930, quizás ya preparada para golpes y multitudes, muestra o exhibe su monumentalidad en Congresos, Mayos cabildeantes, pirámides, obeliscos y edificios rasca-cielos. Buenos Aires como centro de ciudadanos cobardes que un buen día intentan transformarla y transformarse así ellos mismos (Arlt, Acosta, Le Corbusier). La salida será siempre por lo descabellado, lo desestructurante. La brechtiana descotidianeización de la realidad, sueño antropológico de relativismos culturales, pero también sueño de algunos arlequines de estas tierras, de los cuales un Roberto Arlt o un Julio Cortázar o el personaje de *Muerte rea* constituyen arquetipos. Los sueños arlecanos de sus *siete locos* son patafísicos. La rosa de cobre, el gran invento de Erdosain, puede inscribirse sin dificultad en los «logros» de una ciencia de las soluciones imaginarias, de lo particular, la «fenomenología del monstruo», en palabras de Fassio. Erdosain propone, sin sonrojarse, la «tintorería para perros» o los puños metálicos para las camisas. Intentos desopilantes e insensatos, pero que buscan probar fórmulas nuevas, en un momento histórico donde todo Buenos Aires espera refundarse. Apuestas desesperadas de personajes perdidos pero que se suponen potencialmente ganadores, en una lucha feroz por barajar y dar de nuevo. Escuchémoslos:

Fácilmente, se toma una rosa, por ejemplo, y se la sumerge en una solución de nitrato de plata disuelto en alcohol. Luego se coloca la flor a la luz que reduce el nitrato a una plata metálica, quedando de consiguiente la rosa cubierta de una finísima película metálica, conductora de corriente. Luego se trata por el común procedimiento galvanoplástico del cobreado y, naturalmente, la flor queda convertida en una rosa de cobre. Tendría muchas aplicaciones (1932, 1995:57)

Las rosas de cobre, portadoras de un romanticismo fabril, bien podrían fabricarse en los establecimientos jarryanos con su «Máquina-para-inspirar-amor», anticipada en su novela futurista *Le surmale* (*El supermacho*, diríamos en Buenos Aires) que escribiera poco antes de su muerte, en 1907, en el Hospital de la Caridad de París (la Charité, se diría en la milenaria ciudad luz), pero cuya historia está referida cienciaficcionalmente a 1920.

Si Andrée Marcueil era una máquina o un organismo de hierro que actuaba como una máquina, bien, entonces la unión del ingeniero, el químico y el doctor colocaría máquina contra máquina para mayor salvaguardia de la Ciencia, de la Medicina y de la Humanidad burguesa. Si este hombre se transformaba en un mecanismo era indispensable, para un retorno necesario al equilibrio del mundo, que otra máquina fabricara... su alma (Jarry 1902,1990:42).

Diferentes tipos de gasto inútil: un hombre poniendo un loro en una jaula y enseñándole a hablar en reuniones radicales, otro vistiendo una rosa de cobre, aún otro gastando su dinero, no *potlach* ni don, en los palacetes de la Avenida Santa Fe en el Buenos Aires de Juárez Celman (el protagonista Alfredo en *Horas de fiebre* de Segundo Villafañe). No hay racionalidad weberiana capitalista ni gasto inútil donante, hay sólo un gasto inútil de vida, de carrera de caballos, de loros parlanchines, de rosas encobradas, de rentas de una clase que juega en «su Bolsa» (de Julio Martel, 1890), a escondidas entre cuatro paredes, o en el espectáculo de la vidriera de la calle Florida, donde muestran su buen pasar, ¿su vida inicua o su buena vida? Como figura antagónica del protagonista de las horas afiebradas de la Bolsa aparece el personaje de su hermano médico que, ubicado en la Ciencia, la Medicina y el Progreso, no por ello pierde ni mecaniza el alma e intenta salvar al conjunto familiar de Celmira, enferma de pobreza, la abandonada novia barrial de Alfredo, el enfermo de riqueza. Allí sí, el hermano médico, en complot-don bienhechor con su madre «nueva aristócrata», ofrece la casa de San Fernando y sus cuidados (insuficientes) para la familia de Celmira caída en las desgracias del «referinato» devastador de Juárez Celman. Sin embargo, curiosamente, en la novela *Horas de fiebre*, de Segundo Villafañe, el donador hermano médico permanece ciego a los signos del cuerpo, con toda su ciencia, medicina y progreso, frente al diagnóstico de dos tuberculosos que mueren ante sus ojos, sin ser diagnosticados ni tratados. Naturalismo al fin, épocas y novelas, en que, para curarse, sólo parecía ser necesario ir al campo, volver al río (como nos quiso obligar Le Corbusier), a un San Fernando todavía natal. De la cárcel, sanatorio, fábrica, productoras de mercancías tuberculosas, al campo, al monte, al río, que todo lo envuelven, que curan pulmones, alivian alientos, enfrían febrículas de noches afiebradas. Erdosain también tiene tuberculosis, una enfermedad que, como la cobardía, es endémicamente ciudadana. Allí las multitudes son arrojadas al macadam y a la luz de gas o electricidad. *La cabeza de Goliath* de Martínez Estrada nos reclama:

Me es fácil pensar que todos estamos presos. Aunque el guardián haya desaparecido hace años o siglos. Nos encerró a todos y se fue, o se murió. Hizo la ciudad y nos metió adentro con la consigna de que no nos marchásemos hasta que volviese. Después se olvidó él de venir y nosotros de irnos (1940 : 51).

Se podría hablar de una tipología del gasto inútil, una tipología tan inútil como la máquina de eliminar los fantasmas de la entropía rousseliana imaginada por el héroe patafísico Fassio. Por un lado, tendríamos un tipo de gasto inútil a la manera de Bataille, un derroche donatario, generoso, implacablemente visceral, un gasto social agonístico y solemne. Por otro lado, de alguna manera enfrentado al primero, el gasto suntuario de una clase atestada de prejuicios, convencionalismo burgués inexpugnable, goce culposo que condena a los demás a la miseria.

Y entre la multitud, de mesa en mesa, aquí y allá, se observa a los que van ganando, que consumen y derrochan liberalmente, que gritan más fuerte que los demás y prodigan las limosnas entre la legión de mendigos que pulula por todas partes, siguiendo con miradas lastimosas aquella circulación de dinero, sufriendo en silencio, con la mano estirada, el suplicio de Tántalo (1891, 1960: 57).

Estos dos tipos de gasto inútil conforman dos racionalidades desencontradas. La distancia entre el *potlach* y la ostentación burguesa del automóvil es poco menos que infinita. Pero conviven, en la calle Florida de la luz y de las sombras, y sus rostros se cruzan en la inmediatez del espejo y la vidriera.

Frente a estos dos tipos de gasto inútil se alza el totem weberiano de la racionalidad financiera, la obligatoriedad de trabajar, la vida monacal y su planilla de cálculos, la más estricta de las religiones. Dice el Alfredo de *Horas de fiebre*:

(...) en realidad no paso de ser un hombre de negocios, frío y calculador, dominado por el espíritu mercantil de la época, que consagra rarísimo tiempo, casi nada, al amor, y que realizará mañana su casamiento, si le conviene, como una de tantas operaciones financieras. Al menos, tengo la nobleza de confesarlo (1891, 1960: 115).

El Padre Weber le abre las puertas del confesionario. Alfredo no trabaja para vivir. Vive para trabajar. No conoce la «atorrancia» de la que nos habla Arlt, ese «refugio del café esquinero», ese otro gasto inútil (al que le tocó la terceridad en nuestra clasificación de gastos) de tiempo, de «fiaca», de proyectos sabidos como imposibles, de horas que corren sin fiebre, ajenas a los mandatos capitalistas, pero sin encontrar, en la ciudad y en el mundo, cosas, hechos, lugares, espacios a que atenerse, por los cuales jugar una pasión, el gesto agonístico de una vida «con sentido». Viviéndola, en cambio, «con tanta ocupación inútil», pero espiritual, con tanta fiaca que al dar las doce del día exclama: «*Pero, ¡la gran siete! ¡Cómo se pasa la mañana!*»

Flotan distintas vidas entre las aguas fuertes de este río de personajes ciudadanos, de dublinese (Joyce), de porteños o parisinos, de boulevares y cafés del buen beber y el ver pasar baudelardiano, del voyerismo hacia la multitud circulante o los vecinos barriales, del acomodarse en un estaño para lanzar la palabra no se sabe hacia quién:

Te conozco, viejo curdela. Perteneceés al grupo de los que le dan la lata filosófica al mozo bestia; sos de la compañía de los que se acodan en el mostrador y trata de demostrarle al «trompa» la inutilidad de acumular vento, observaciones que el patrón escucha sonriendo mientras que vos palmás el importe de su garrafa de lúpulo, y el mozo bestia te trata, in mente, de «loco lindo» (...) No des consejos, viejo (...) la gente no quiere saber ni medio de meditaciones. Alfalfa y vento, nada más. Interés. Papel moneda. El resto se va al diablo (1933, 1960: 199-201).

Hombres y mujeres de esquinas rosadas y cafés ramplones donde la vida se agosta, a lo *flanêur*, con un reloj benedictino que marca sincrónicamente un momento que se pretende como eterno. Es este otro goce inútil, el tercero de nuestra clasificación, gasto de lo cotidiano repetido sin fin ni medida. Salidos de la racionalidad y practicidad weberiana, pero no entrados al placer de la vida rumbosa, a las maquinarias de la relación que el capitalismo parece ofrecer.

El transeúnte del arrabal, particularmente aquel que callejea a la una de la tarde, puede, si pone un poco de buena voluntad, descubrir barrios, donde «las señoras» pasan horas en la puerta de calle, con la espalda protegida con una pañoleta, de brazos cruzados y rechupando un mate... Buenas tardes señora, ¿tomando el solcito? Así es... ¿Está lindo el solcito, no?... no hay como el solcito en invierno, eh?... Cierto, da gusto este solcito... Y, van a ser las dos de la tarde, cómo se pasa el tiempo... (1933, 1960: 274)

Suspensivos, sólo puntos suspensivos para este Arlt de «Solcito de arrabal». Pero la cosa no termina acá. Arlt escribió también *Saverio el Cruel* (1936) un «simple» mantequero, corredor de mercancía-manteca, que es tragado por la broma de un grupo de familia aristocrática que, con el pretexto de ser posibles compradores de kilos y kilos del untuoso elemento, ponen en escena la supuesta locura de una casta Susana, que de él se enamora, que se cree Reina de un reino imposible. Le piden a Saverio que finja seguir el discurso cortesano y acepte hacerse pasar por un coronel digno de princesas. Saverio, acostumbrado a la manteca y los estaños sin vida de algún café, acepta su entrada a la simulación. Le han dado, sin que él lo sepa, tampoco quizás sus ofertantes, una entrada al mundo del personaje, una salida del «solcito» cotidiano. Y él formula, en la oscura pensión para caballeros en que vive, un pedido de guillotina que le traen, en la séptima escena del segundo acto.

Donde se juega un texto y una escena acorde con la implementación de la demanda de la familia estanciera:

Modesto cuarto de pensión. Saverio, uniformado al estilo de fantástico coronel de republiqueta centroamericana, frente a la cama deshecha. Sobre la mesa una silla. El conjunto de mesa y silla cubierta de sábanas y una colcha escarlata. La espada del coronel clavada en la mesa. Saverio de espaldas frente al espejo ensayando gestos marciales. Siguiendo a Simona [la encargada de la pensión] entran al cuarto dos hombres vestidos de mecánicos. Sostienen soportes horizontales de madera, un aparato cubierto de bolsas. Mirando a Saverio están presentes, en la escena de la pensión, visitantes de la familia aristocrática estanciera que han venido a dar los últimos detalles de cómo llevar adelante la «otra» escena-farsa preparada por la Reina Susana para el Coronel Saverio, el cruel. Al ver el mamotreto empaquetado que traen a Saverio los visitantes se miran sorprendidos. Depositán los hombres mecánicos la carga en el lugar donde estaba la mesa, simétricamente, de manera que el bulto queda encuadrado sobre el fondo rojo que traza el trono junto al muro. Los representantes de la familia estanciera se consternan. – *Pero ¿para qué una guillotina, Saverio?*, pregunta Pedro, el hermano-también médico de Susana. Y Saverio responde enfático –*¿Cómo para qué? ¿Cómo quieren gobernar sin cortar cabezas?*. Pedro y Ernestina, amiga de Susana muy asustada (que murmura: –*Santísima Virgen, qué bárbaro es este hombre*), se retiran notoriamente azorados. Arlt hace comenzar allí la escena 8 del segundo acto:

Grave entra Saverio a su cuarto. Se pasea en silencio hasta la guillotina. La mira, la palmea como a una bestia.

Saverio: –*¡Qué gentecilla miserable! Cómo han descubierto su envidia pequeño burguesa. No hay nada que hacer. Les falta el sentido aristocrático de la carnicería. (Restregándose las manos, familiar, pero altisonante) Pero no importa mis queridos señores. Organizaremos el terror. Vaya si lo organizaremos* (1936, 1965: 47).

Pero el terror cruel cayó sobre Saverio. Antes del telón final del tercer acto se descubre que Susana está realmente loca. Extiende el brazo armado de un revólver sobre Saverio y lo hiere mortalmente. Saverio: (señalando con su dedo a Susana) –*No era broma. Ella estaba loca.* (Su brazo cae). Los invitados, aristocráticos y estancieros, urdidores de la burla supuesta, se agrupan en las puertas, al costado del escenario. Telón final sobre el decorado de una casa de abolengo absorta ante el crimen gutural, funambulesco de uno de los de su clase. Se cristaliza una farsa trágica entre dos tipos de gasto que se oponen más allá de deseos y piruetas de los personajes que los encarnan.

La unión de dos gastos inútiles no suman. Se restan mutuamente. La locura de una clase dispensiosa que ingiere un *potlach* que sólo ella consume, entra en contradicción estructural, enjundiosa, con el gasto inútil de los corredores de manteca. Hay una clase que tiene las mercancías y las gasta como agua de río que corre entre sus dedos. Otra clase que tiene que producirlas o corretearlas tras una ciudad que los sofoca y encarcela. El guardián urbanita de Martínez Estrada no ha vuelto para sacarlo de la trampa y Saverio regresa de su intento de gasto inútil, pagando su salida de la racionalidad weberiana de un vendedor de manteca, de los años treinta, en Buenos Aires, con su propia vida.

Algo parecido le ocurrirá al hijo del protagonista de «La fiesta del hierro», inmolado en un totem hecho construir por su padre para festejar sus ganancias (útiles) con un gasto inútil de fiesta olímpica (dirían los griegos, creadores y creídos del olimpo). Los visitantes o invitados, entre los que podrían estar la familia estanciera de Saverio el cruel, presencian, como clímax de la fiesta olímpica, la quema simbólica del totem de hierro y madera, signo del gasto inútil de la simbología de una clase. Se quema la madera, proclive al ritual, y entre sus llamas se calcina el hijo allí escondido en juego macabro, en aras del goce-gasto inútil de un padre. El hierro caliente queda como muestra de la exportación de armas para guerras lejanas que dieron riqueza al padre filicida. Pero la guerra-mercancía retorna, y consume a sus productores.

Horas de fiebre, Horas de fiebre... Alfredo, perdida ya su fortuna en los avatares de la Bolsa o de la Vida, desconociendo la tuberculosis que también lo consume, como a su abandonada novia Celmira, decide concurrir, ya no como invitado aristocrático y privilegiado, como en sus épocas de riqueza, a la inauguración de la Dársena Sur del puerto de Buenos Aires (1890). Reconocido por sus antiguos compañeros de fortuna, es «invitado» a acercarse a los hierros de la nueva dársena, donde un golpe de botella de champagne señala una nueva etapa en la capacidad de recepción y expulsión de mercancías de la ciudad puerto. Pero Alfredo ve «otro» lugar en la fiesta de este otro hierro y percibe, entre los barcos que acompañan sibilantes el acto inaugural, un barco pesquero a cuyo capitán solicita lo traslade hasta San Fernando por el río. El río va a ser tragado por él, calmando su sed de afiebrado, devolviéndolo a los orígenes en su boca fresca. Le Corbusier y Acosta, arquitectos urbanitas pro mirada al río, estarían contentos. Pero el capitán se asusta. Muestra allá en el fondo, sobre el río, las sombras y nubes negras que se aproximan. Alfredo, reencontrando «su» lugar, insiste y concede el don de una última paga con el dinero final de su otra época, racionalista y de gasto inútil capitalista (segundo tipo en nuestra clasificación (páginas 55-56 de éste, nuestro texto). Alfredo podría pensar como Arlt

(...) que afuera hay campos, que hay montañas con chalet y jardines, que hay ríos donde es una gloria pegarse un baño. Y tener que cerrar los ojos a todo eso por cuatro pesos al día, llevar cuello duro y afeitarse todas las

mañanas... aguantar todo eso... estoy seguro que San Francisco de Asís que llamaba al pasto hermano pasto y al agua hermana agua, no hubiera resistido 24 horas empleado en una tienda o en una ferretería (1933, 1960: 158)

Pero a ese pensamiento de Alfredo que es el de Arlt en «Divagaciones acerca del empleado», se le debe agregar: «Gasté inútilmente mi vida en la maquinaria de la Bolsa, perdí mi casamiento por conveniencia y dejé morir a la novia de mi barrio, que se murió de pena y amor» (nosotros podríamos agregar, porque leímos la novela completa, que esa novia Celmira, cuando Alfredo piensa esos pensamientos, descansa ya en el cementerio de San Fernando). Y ya sea por razones de estructura dramática o por esas cosas de la vida o por que sí, o por que Le Corbusier tenía razón y deberíamos beber y dejarnos comer por el río que, sabiamente, enseñaba a los indios a comerse a los conquistadores, Alfredo insiste en ese viaje en barco pesquero de Dársena Sur a San Fernando. Las olas del río cada vez más azul (es más poético que pensarlo marrón) y la turbia tormenta mojan de olas y lluvia el cuerpo también enfermo de tuberculosis de Alfredo. Y siente en ese trayecto, por primera vez en su vida, según la novela, el goce del primer gasto inútil (George Bataillano) de nuestra clasificación. Se dona a sí mismo en oferta al río, al viento de los buenos aires, que ingenuamente enzalara el tragado Juan Díaz de Solís. De allí en más Alfredo quedará en San Fernando en la única casa que le queda a la familia. Morirá, días después, de la misma enfermedad tuberculosa que su novia abandonada Celmira y será enterrado, tumbas más, tumbas menos, en el mismo campo-santo que su amada inmóvil. Y la novela termina con los padres de Celmira y la madre de Alfredo yendo a visitar juntos, flores en las manos, tristeza en el alma, a los cadáveres de los amantes muertos y separados.

La fiebre ha terminado. Es el turno de los gusanos. Eso se escribía en 1890, épocas de realismos y naturalismos emilzolanos. La tuberculosis trastornaba la medicina, la ciencia y el progreso. Muchos gastos útiles e inútiles eran horadados por la sangre de sus cavernas. Todo esto parece tan lejano... hasta el Pepe Arias de *Muerte rea* ha muerto también, definitivamente. El teatro Maipo ha caído en las garras de los gastos útiles e inútiles de la posmodernidad, la posindustrialidad, el no lugar en que los textos y las vidas se entrecruzan y se estragan, sobre fondo de río relleno con reservas ecológicas o con restaurantes y estaciones de servicio que dan combustible a automóviles y personas. Le Corbusier y Acosta descansan supuestamente en paz a pesar de no haber sido escuchados. Roberto Arlt dicen que tiene un amor brujo con la señora muerte al ras de la tierra y el agua. Pero se oyen murmullos, el río se ensucia y se mueve, pretenden ensimismarlo en aeroislas flotantes donde aviones de toda la tierra puedan llegar a besar o caerse en sus olas. Quizás se tome una venganza y la isla flotante sea el último gesto de su negación que soporte. Como cuando llegó Solís, los indios que aún quedan en el recuerdo de las aguas azules o marrones del Mar Dulce, volverán con sus barcas encrespadas sobre las olas de las noches de tormenta y tragarán

concienzudamente, gasto útil al fin, la aeroisla flotante y sus aviones, los restaurantes y «gasolineras», la reserva ecológica y, por qué no, la ciudad toda. La escena, por su lentitud, evoca(rá) la matanza de un cerdo, o el entierro de un dios.

Parfraseando a Georges Bataille y su *El Muerto* terminemos con Georges Borges, el muerto: (a mí se me hace cuento), se nos hace cuento, que nació Buenos Aires, la juzgamos tan eterna como el agua y el aire. ☰

REFERENCIAS:

ARLT Roberto

- 1929 *Los siete locos*, Buenos Aires: Claridad; Barcelona: Montesinos, 1995.
 1933 *Aguafuertes porteñas*, Buenos Aires: Victoria.
 1936 *Saverio el cruel. El fabricante de fantasmas. La isla desierta. 300 millones*, Buenos Aires, Futuro, 1950.
 1940 *Teatro completo: La isla desierta. Saverio el cruel. La fiesta del hierro. El desierto entra en la ciudad (volumen II)*, Buenos Aires: Shapire, 1968.
 1932 *El amor brujo*, Buenos Aires: Victoria.

BATAILLE Georges

- 1939 *Madame Edwarda, Œuvres complètes*, París: Gallimard, 1971; (tr. esp.: *Madame Edwarda y El muerto*, Barcelona: Tusquet 1990).
 1967 *Le Mort Œuvres complètes IV*, París: Gallimard, 1971; (tr. esp.: *Madame Edwarda y El muerto*, Barcelona: Tusquet 1990).
 1933 "La Notion de Dépense", *La Critique Sociale*, 7; (tr. esp.: en *La parte maldita precedida de la noción de gasto*, Barcelona: Icaria, 1987).
 1949 *La Part maudite. Essai d'économie générale I. La consommation*, París: Minuit; (tr. esp.: *La parte maldita precedida de la noción de gasto*, Barcelona: Icaria, 1987).

FREUD Sigmund

- 1920/21 *Obras completas, Vol. XVIII*, Buenos Aires: Amorrortu, 1978.

JARRY Alfred

- 1902 *Le surmale*, París: Editions de le Revue Blanche; París: Editions Ramsay/Jean-Jacques Pauvert, 1990.
 1911 *Gestes et opinions du docteur Faustroll, pataphysicien*, París: Fasquelle; (tr. esp.: *Gestas y opiniones del Doctor Faustroll, patafísico: novela neocientífica*, Buenos Aires: Atuel, 2004).

MARTÍNEZ ESTRADA Ezequiel

- 1940 *La cabeza de Goliath*, Buenos Aires: Club del Libro ALA; Buenos Aires: Losada, 1983₃.

ROUSSEL Raymond

- 1932 *Nouvelles Impressions d'Afrique*, París: Librairie Alphonse Lemerre.

VILLAFÁÑE Segundo

- 1891 *Horas de fiebre*, Buenos Aires: UBAAFFyL, 1960.